

ACUDIR A LA LECHERÍA

«De esa leche no tomo, soy “intolerante a la lactosa”»

Miren lo que son las cosas, uno comienza a investigar y se encuentra con que fue en Tlalnepantla donde comenzó a operar en 1954 la planta de lo que fue en algún momento Liconsa para surtir de leche de buena calidad a todas las familias de bajos recursos a un precio accesible (1). Aquí cerquita de nuestro pueblo se comenzó a producir leche en cantidades industriales como parte del programa de abasto social que impulsó el gobierno del presidente Manuel Ávila Camacho al que de seguro le preocupaba el sano crecimiento de la chamacada y el retortijón de tripas que por las mañanas tenían, como también la nutrición de los viejitos que no podían chopear su bolillo en un chocolatito caliente. A mediados de la década de los sesenta, la tan famosa CONASUPO (Compañía Nacional de Subsistencias Populares, empresa paraestatal fundada en 1961 dedicada durante casi cuatro décadas al abasto, venta y a la seguridad alimentaria mexicana de bajos recursos) creó una compañía hidratadora de leche que funcionó así hasta que en 1972 se transformaría en Liconsa, S.A. de C.V. y que sigue funcionando como tal, pero ahora con el nombre de “Leche para el Bienestar” (2). Los creadores de esta empresa pública jamás imaginaron que a la par de su objetivo, que era ayudar a las personas más necesitadas a la ingesta alimentaria de este néctar vacuno, vinieron a establecer una tradición nacional que permanece hasta nuestros días: el levantarse bien temprano para ir a la lechería, actividad cotidiana y comercial que con el paso de los años ha adquirido matices peculiares dentro de los hábitos y costumbres cuautitlecas.

Miren que madrugar para acudir a estos sitios con “lagañas” y la baba seca en la boca para obtener cuatro litros de leche a precio accesible sin duda vale la pena, porque Alpura, Lala, Nutri Leche y todas estas marcas particulares con sus productos derivados si nos “sablean” los bolsillos a la hora de cobrarnos el litro, y pues también criar una vaca en este municipio era viable hace algunos años, cuando el Rancho Xaltipa, y otros ranchos ya desaparecidos, abastecían de botellas y botellas de leche a muchas familias oriundas y no oriundas de Cuautitlán. Y también, por el funcionamiento de aquellos ranchos, era sonado el prestigio erótico del lechero-repartidor que seducía a la esposa o a la viuda por la frecuencia con la que surtía de leche en aquel domicilio y tiempo después se corría el chisme tan común de que aquel niño juguetón era “hijo del lechero”. Regresando a las vacas, actualmente, con el crecimiento de la mancha urbana en nuestro municipio es raro tener un res para el autoconsumo, aunque todavía existen lugares por aquí que cuentan con cría de vacas y por ende producción lechera.

No obstante, retomando las grandes marcas, usted está en todo su derecho de gastarse su dinero en la leche que le plazca sea famosa o de la lechería cercana a su domicilio. Pero si es de los que actualmente padecen aquello que se les llama “intolerancia a la lactosa”, pues el producto que se vende en estos matinales lugares de beneficio social no le va a ayudar para nada.

Los tiempos han cambiado y puede que a los de la vieja guardia les resulta inadmisibles este rollo de la intolerancia a la lactosa. Hace años, allá por los ochenta, cuando llevaba funcionando este programa de beneficio social por más de una década, aquel término de “intolerancia a la lactosa” no existía y los escuincles le entraba parejo a la leche que dos o tres veces por semana nuestra santa madrecita o nuestra santa abuelita traía dentro de esas peculiares cubetas de plástico con el carnet metido entre bolsa y bolsa y sendos panes de dulce apretujados. No éramos tan delicaditos como ahora y de ahí se han agarrado aquellas empresas lácteas particulares para ofrecerles a este sufrido grupo algo que le dicen leche ¡sin lactosa!, que es como ofrecer pulque sin aguamiel, cerveza sin alcohol, carnitas sin manteca, o Cuautitlán sin Parque de la Cruz, etcétera.

En fin. Para los que tenemos estómago de alcantarilla y nuestro poder adquisitivo no da para más, la lechería es el mejor lugar para abastecerse de este líquido. Si usted es de los que diariamente tienen que desayunar un licuadito de plátano con avena, la lechería es el mejor lugar para surtirse sin que su bolsillo lo resienta cada fin de semana; si usted es fanática de prepararle a sus hijos flanes y postres sin que gaste mucho en ingredientes, lo repito nuevamente: la lechería es el sitio que debe visitar y aquí en Cuautitlán contamos con muchas sucursales cercanas en cada colonia de nuestra demarcación.

Uno reconoce de inmediato a las personas –que en mayor medida son mujeres– que van a la lechería. Todas llevan colgando la cubeta de plástico para este fin con el logotipo del PRI o el rostro en serigrafía de algún otrora candidato a presidente municipal. Van amodorradas en pijamas y chanclas o con un viejo y deshilachado suéter con el estampado de Mickey Mouse que es rebueno para el frío. Mujeres que ya despidieron al esposo, ya despertaron a los hijos para que se vayan preparando para acudir a la escuela y que salen a paso rápido entre las frías calles contando las monedas y checando que el carnet vaya en el fondo del recipiente. Y allá en Cebadales, en la Guadalupe, en la Lázaro Cárdenas, en San Blas, etcétera, vemos entre la neblina de la mañana el establecimiento con sus paredes descascaradas y rotuladas con los logotipos del programa social en turno. Allí también está la fila de gente que se va acumulando, casi todos yacen embozados y con el insustituible bote de plástico colgando del brazo; en la acera cercana un grupo reducido de vendedores colocan sus puestos: ropa usada, bolillos, tamales, productos Tupperware, tlacoyos, fundas

